

*Para poder decir que los peces se comunicaban entre si por medios acústicos, no sólo era necesario demostrar el que emitían sonidos sino que también eran capaces de escucharlos.*  
*Aldemaro Romero, El Lenguaje de los Peces (1973)*

*El caos [...] era un fluido [...] que aspiraba por las branquias.*  
*Henry Miller, Trópico de Capricornio (1939)*

*¿Qué te recuerda ese pez?*  
*Otros peces*  
*¿Y qué te recuerdan los otros peces?*  
*Otros peces*

*Joseph Heller, Catch 22, XXVII.*

Cuando abrí la puerta y vi a aquella pareja vestida con el uniforme de la policía me estremeció un escalofrío gélido. Supe de golpe que estaba ante el fin del principio y reviví, en cámara súper lenta, aquella primera vez que mi madre me llevó al acuario y me perdí en el estanque de los tiburones. Entonces, el más grueso de los dos abrió la boca.

— ¿Es usted Reinaldo Echegaray... Yáñez?  
— Sí, soy yo. ¿Por qué?

—Tenemos una mala noticia que darle. ¿Podemos pasar?

Sentí como cedieron mis piernas. Nunca se está lo suficientemente preparado para recibir malas noticias. Nunca el tiempo es suficiente. La visita en sí, ya era una mala noticia; incluso “sin traer malas noticias”. La pregunta es retórica. Los hombres vestidos de uniforme azul entran al salón sin mediar palabras y se acomodan en los sillones; como si mi casa fuese la suya y sentarse, levantarse o pasearse por el salón, se tratase de un simple gesto mecánico y familiar que hubiesen repetido tanto como yo; como si tuviera clavada en la puerta la chapa: «*Fidel, esta es tu casa*» y ellos, por extensión, hicieran uso de *su* propiedad.

Hace apenas media hora otros dos agentes, vestidos de civil, también sin previo aviso, orden de arresto o identificación, se llevaron detenido a mi padre. «¿Tendrá que ver una cosa con la otra?» Papá llegó a casa nervioso. Es fácil medir cuán nervioso se pone incluso en una escala del uno al diez. Tartamudea. No mira a los ojos. No es capaz de fijar la vista sin pestañear y tartamudear. Presentí que quería decirme algo pero no tuvo tiempo. No le dejaron. Tenía un 9,6. Lo estaban acechando, sin duda. No hubo movimiento gratuito ni sorpresa sino más bien un ballet mecánico patético e innecesario. Nada más abrir la puerta, le cayeron encima con excesiva gravedad y torpeza, así de simple era el plan. Lo esposaron y se lo llevaron en un LADA azul de Prusia a algún lugar no identificado. —¿Por qué lo detienen? ¿Qué ha hecho? —pregunté por preguntar. El que pasaba por chofer respondió por responder: —Yo no soy quien para informarle pero... es algo relacionado con una estafa. Ya se lo explicarán a su debido tiempo —fue lo máximo que se permitieron informar. Todo duró lo que un relámpago: luz, estruendo, fuego. Ni siquiera les exigí que se identificaran. No reaccione como debía. Tampoco ellos lo hicieron. No es rutinario. Redujeron a su presa, y partieron con menos sigilo que a su llegada. De hecho estos dos, ahora acomodados en los sillones frente a mí, interrumpieron mi salida; justo cuando acababa de vestirme para ir a la estación de policía y justo cuando Romi debía estar a punto de llegar. A veces las cosas suceden así, en el momento más inoportuno.

—¿Es esta su esposa? Romualda Fernández Namó... yure —preguntó el más grueso mientras me extendía el carnet de identidad de Romi y volvía a arrellanarse. El otro, más bajo, parecía formar parte del decorado.

—Sí, es ella. ¿Qué pasa? —¿no resulta demasiado peregrino conectar que ambas cosas pudieran tener alguna relación? Antes mi padre. Ahora Romi. Es raro. Muy raro. Pero la rareza, poco a poco, se ha ido instalando en lo habitual, lo normal. Ya no tiene gracia. Ninguno de los dos, ni mi padre, ni Romi, que tenga constancia, ha sido requerido por la policía nunca. ¡Como para hacerlo juntos! Pero, debo reconocer, tampoco es que esté bien informado. No controlo demasiado lo que ocurre a mi alrededor. Es uno de mis puntos fuertes: no enterarme de lo que para el resto es evidente. Estar en el limbo. Pero los otros habían esperado escondidos quién sabe dónde y éstos... si quisieran detener a Romi habrían hecho lo mismo. Quizá fuera el protocolo a seguir en estos casos y éste era otro tipo de caso.

—Siento decirle —dijo forzando una pausa teatral innecesaria, manida, para disparar a quemarropa:— que la compañera Romualda Fernández Namó... yure ha muerto en un accidente de tráfico... Si le sirve de consuelo... fue al instante. No sufrió. Le acompañó en el sentimiento.

Tiemblo. Me asfixio. Me esfumo. Nunca se está lo suficientemente preparado para esto. Me falta el aire. Todos los relojes se paran de golpe. El concepto de tiempo se derrama como agua fría por un caño discontinuado. En un instante todo es humedad que se confunde en miedo acuático. Apenas puedo preguntar:

—¿Romualda? ¿Está seguro?

—Éste es su carnet, ¿no? Es la de la foto, ¿no? Fíjese que el plastiquito tiene alguna manchita de sangre todavía.

Imperceptible, pero tiene razón, allí está la prueba; una diminuta mancha sanguinolenta en una esquina de plástico chamuscado: indiscreta, insensible, indiscutible, coronando un abigarrado escudo rosa pálido. Mi cuerpo suda por su cuenta, ajeno a mi voluntad; un llanto extraño, masivo, desinhibido.

—¿Seguro? ¿Puedo verla? —pregunto por error porque *¿puedo verla?* solo significa, no quiero creerlo. No puedo aceptarlo. Prefiero no verla. No así.

—Sí, todavía está en la estación de policía de Güira de Melena. A estas horas debe de estar llegando el forense. En cuanto acabe la trasladarán al Hospital Calixto García para la autopsia y después a una Funeraria. Pero eso ya lo tendrá que ver usted con los del anatómico forense.

—¿Güira de Melena? —no doy crédito. Son ya casi las seis de la tarde. Romi no tendría que estar al llegar sino entrando por la puerta en este mismo momento.

Trabaja en el Paseo del Prado, en Centro Habana. Rara vez sale de allí en todo el día. Llama siempre cuando surge un imprevisto. Desde hace cuatro años, semana tras semana, día tras día, repara circuitos de computadoras en una pequeña habitación blanca de la planta baja del edificio que ocupa su empresa al lado del Palacio de Matrimonios. ¿Qué relación tiene Güira de Melena en todo esto?

—El accidente fue allí. A las once de la mañana. En la carretera de la Habana a Güira; después de San Antonio de los Baños. Pero no puedo darle más detalles — me pregunto si porque no debe, no quiere, o porque no tiene ni idea.

Con apenas media hora de diferencia detienen a mi padre y avisan del fallecimiento de Romi en un accidente mientras va en un carro, cerca de Güira de Melena, a unos cincuenta kilómetros de donde se supone debía estar, a unas siete horas de cuando se supone debía llegar. Los policías se van. Me quedo solo. Más solo que la una. Más solo que un trozo de pan duro. Solo, sin sombra, sin sonido, sin voz. Apagado, en modo de bajo consumo. La casa me sobra, me aplasta, me reduce. No puede ser. Tiene que haber algún error. Solo es una suerte de pesadilla. Esto no debe estar pasando. ¿Por qué?

Ahí estoy sin reaccionar, solo, en medio del salón de casa, un día equivocado. Es una prueba irrefutable. Cojo el teléfono pero no tengo a quien llamar. No tengo más familia que ésta, y mi abuela, pero a ella no. A ella no debo llamarla. Una mini dosis de cualquiera de estas noticias podría ser más fuerte que un miligramo de arsénico. Me entran unas ganas tremendas de llorar; pero no puedo, no se. Nunca lloro. Solo sudo y sudo; un agua fría, salada, que se filtra en mi ropa. Un líquido en el que se deslizan con sumo sigilo unos inexpresivos escualos. El miedo es más grande que el dolor. El vacío, que todo lo reduce, me asfixia hasta que un pensamiento lo detona: «Romi no tiene licencia de conducción».

Anoche discutimos. Es solo una forma de expresarlo. Romi llegó del baño, se metió en la cama, me dio las buenas noches y se dio la vuelta. Sin más. No la había tocado, ni siquiera había insinuado que necesitaba sexo; pero ella se adelantó a cualquier iniciativa, puso el parche antes que goteara. Se cubrió con la sábana, un ritual independiente de la temperatura ambiente, e hizo un bulto irregular a mi lado: mitad oruga, mitad fantasma. —¿Te pasa algo? —le pregunté. —¿Por qué me iba a pasar algo? —devolvió por respuesta sin volverse. —¿No te parece que